

RAQUEL SILVA

Ocho segundos para  
enamorarme





RAQUEL SILVA

Ocho segundos para  
enamórame



EDICIONES **KIWI**

EDICIONES KIWI, 2024  
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, febrero 2024

IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-19939-45-6

Depósito Legal: CS 57-2024

© del texto, Raquel Silva

© de la cubierta, Borja Puig

© de la foto de cubierta, shutterstock

Corrección, Carol RZ

**Código THEMA: FR**

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.

[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

#### NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

A mamá,  
para que recuerdes que siempre hay luz entre la oscuridad.



«She made friends and enemies».

*Bad Blood*

**Taylor Swift**





# Prólogo

Impotencia. Esa es la palabra exacta para definir el sentimiento que recorría cada parte de mi ser mientras corría por las calles cacereñas, con las lágrimas resbalando por mis mejillas ante el intento inútil de no llorar. En realidad, era la palabra justa para describir cómo me había sentido desde aquel fatídico día, a mis siete años, viendo cómo mi mundo se desmoronaba por completo ante unas palabras que jamás debí haber oído. Aun así, siempre intenté apartar ese sentimiento. Abandonarlo en lo más profundo de mi corazón, allá donde no pudiera dañarme. Pero en ese momento, la impotencia se había alzado a voz en grito, provocando en mí un asalto de emociones negativas: la rabia, el dolor, el miedo, la soledad..

Y, si no fuera suficiente, había estado a punto de echar a perder uno de mis mayores sueños. Todo por una mentira.

Aquella mañana, tan solo unas horas antes, el sonido a todo volumen de las primeras notas de la canción *Girls Just Wanna Have Fun* me sacaron del placentero sueño que estaba teniendo. Salté de la cama y me dirigí a todo correr hacia el salón, donde mi hermano me esperaba sumido en una danza de brincos y giros mientras canturreaba a voz en grito por toda la estancia. No dudé ni por un segundo en unirme a él en aquel extraño ritual que se había instaurado entre nosotros en cada cumpleaños desde que mi mente alcanzaba a recordar. A Óscar siempre le había encantado la música de los ochenta.

Cuando la voz de Cyndi Lauper dejó de sonar, ambos nos lanzamos exhaustos y riendo sobre el sofá.

—Feliz cumpleaños, hermanita —me felicitó Óscar, cubriéndome en un caluroso abrazo—. Ponte cómoda que el desayuno estará listo en unos instantes.

Traté de ofrecerle mi ayuda, pero declinó la oferta.

—Ni se te ocurra levantar el culo de ahí. Hoy es tu día —me dijo.

Óscar se dirigió a la cocina. Mientras tanto, aproveché para echar un vistazo a los mensajes sin leer que empezaban a acumularse en mi teléfono. Era increíble ver la cantidad de gente de la que no tienes noticias durante todo el año, pero, en cuanto le aparece la notificación en redes sociales de que cumples años, no tardan ni cinco segundos en felicitarte, añadiendo un «A ver si un día de estos quedamos» que siempre se evapora en el tiempo.

Una gran sonrisa apareció en mi rostro al ver la felicitación que Marcos, con quien llevaba saliendo varios meses, me había enviado.

Feliz cumpleaños, cielo. Hace veinte años nació la persona más importante de mi vida, aquella que me hace feliz con solo mirarme. Porque, cuando estoy contigo, no necesito nada más. Desde que nos despedimos anoche, cuento los segundos para volver a verte. Te quiero 🧡

Tras releer el mensaje de Marcos varias veces, sintiéndome la chica más afortunada del mundo, me dispuse a seguir viendo los otros mensajes de felicitación. Carla, una de mis compañeras de la universidad, me había enviado un vídeo deseándome un feliz cumpleaños y recordándome que, cuando volviese a Madrid, tendríamos que salir a celebrarlo.

—¡A desayunar! —Oí a Óscar llamarme.

El delicioso olor de las tostadas me guio hasta la cocina, donde mi hermano me esperaba con el desayuno preparado: el pan tostado estaba

listo para ser untado con la mermelada de fresas casera que solo hacía para ocasiones especiales. En un plato, junto a una jarra de zumo natural de naranjas, una docena de copitas de *mousse* de chocolate con galletas y nata, decorados con frambuesas, me pedían a gritos ser devoradas.

—Este año te has superado —le felicité, mientras me sentaba a la mesa—. ¡Qué buena pinta tiene todo!

Cuando me disponía a coger un par de tostadas, con las tripas rugiéndome ante aquel maravilloso festín, Óscar me entregó una caja, envuelta en papel azul decorado con un lazo dorado, que había mantenido oculta entre sus manos debajo de la mesa.

Al abrirlo, descubrí una fantástica cámara de fotos semiprofesional. Llevaba mucho tiempo detrás de una, pero eran bastante caras y los caprichos siempre habían estado en un segundo plano. Sin poder evitarlo, mis ojos se volvieron brillantes de la emoción. Sabía el esfuerzo que había supuesto para mi hermano aquel regalo, como tantas otras cosas. Con sumo cuidado, saqué la cámara de su envoltorio y la observé con detenimiento.

—¡Qué pasada! ¡No me lo puedo creer! —Me levanté para abrazarle y darle un sonoro beso en la mejilla—. No tenías que haberla comprado.

—Era necesaria. ¿Cómo si no vas a captar la esencia de Roma y enseñarme todas las fotografías?

Una punzada de dolor atravesó mi pecho. No pensaba ir a Roma y debería haberle dicho de mi decisión desde el momento en que la tomé. Ahora sostenía entre mis manos una cámara que parecía quemarme ante el abandono de uno de mis mayores sueños.

Bebí un trago de zumo y me llevé una tostada a la boca, tratando de apartar los remordimientos de mi mente y deshacer el nudo que empezaba a formarse en mi garganta.

—¿A qué viene esa cara de preocupación, Adri? —me preguntó Óscar.

No respondí enseguida, sino que me recreé en el desayuno, tratando de alargar el momento de contarle a mi hermano la decisión que había tomado.

Desde que empezó a interesarme el arte había deseado viajar a Italia, visitar sus ciudades y poder contemplar los fantásticos monumentos, pinturas y esculturas de las diferentes vertientes artísticas y culturales que enriquecían el país.

Me costó mucho decidirme a pedir la beca Erasmus para irme a Roma a estudiar durante mi tercer año de carrera. No quería que mi hermano cargara con un gasto como aquel por mucho que se ofreciera a pagarme aquello que necesitara. Si bien era cierto que Óscar nunca me había permitido abandonar mis estudios para ayudarme con los gastos que suponía el pequeño apartamento en el que vivíamos, y me había obligado a luchar por mis sueños e ir a la universidad, siempre me sentía culpable de la carga que había supuesto para él el tener que cuidarme desde que mis padres nos dejaron. Así que, antes de poner rumbo a Madrid, conseguimos llegar a un acuerdo: sería yo quien corriera con los gastos del Erasmus. Al comenzar la universidad busqué un trabajo a media jornada que me permitiera compaginar con mis estudios y así ahorrar cada céntimo para ello.

Pero días atrás la duda había resurgido en mi interior mientras hablaba por teléfono con Marcos desde mi habitación del piso que compartía en Madrid. Me había hablado de cuánto le estaba costando llevar nuestra relación viéndonos solo los fines de semana en los que yo bajaba a Cáceres y que no sabía si podría soportar llevar nuestra relación a distancia durante todo un año.

—He decidido que no voy a ir a Roma —solté deprisa, sin atreverme a mirar a los ojos a mi hermano.

—¿Cómo? ¿Y esto a qué viene ahora, Adri? —cuestionó Óscar alzando una ceja en señal de desaprobación.

No sabía cómo explicarle que no podía irme y abandonar a Marcos durante un año, a sabiendas de que este lo pasaría mal con mi ausencia; conocía perfectamente qué se sentía cuando te dejaban atrás. Así que mentí. Le expliqué que no me sentía preparada para dar ese paso. Enfrentarme sola a un país desconocido, a todo lo que el Erasmus conllevaba. No me creyó, me conocía demasiado

bien. Estaba segura de que podía imaginarse perfectamente el verdadero motivo.

—Sea cual sea la razón por la que estás a punto de renunciar a tu sueño, no lo hagas. Hay oportunidades en la vida que solo se presentan una vez. El futuro es incierto y nunca sabes qué pasará el día de mañana. —Óscar me habló con suavidad. No me iba a obligar a montar en el avión a la fuerza, pero no me equivocaba al pensar que sus palabras trataban de hacerme ver que no debía dejar pasar una oportunidad de la cual me arrepentiría por el resto de mi vida—. Viajar a Italia ha sido tu sueño desde hace años. Has pasado noches en vela aprendiendo el idioma por tu cuenta, viendo películas y escuchando canciones en italiano, y sé que darías lo que fuera por poder pisar el Coliseo y dejar viajar tu mente cientos de años atrás. —Hizo una pausa, mirándome como si tratase de leerme la mente—. Piensa bien qué es lo que tú quieres antes de tomar una decisión.

Terminamos de desayunar dejando a un lado el tema del Erasmus para hablar del día que nos aguardaba. Mi hermano tenía doble turno en el taller, por lo que comería en algún restaurante cercano al trabajo con sus compañeros. Yo esperaba con ansias que llegase el mediodía para reunirme con Marcos, quien no había dejado de llenar mi mente de intriga diciéndome que tenía una sorpresa preparada para mí. Pero, aunque moría de ganas por develar el misterio, mi curiosidad tendría que esperar unas horas más. Por ello, cuando mi hermano se fue al trabajo, me tiré en el sofá con la intención hacer una maratón de capítulos de programas de reformas de casas para matar el tiempo. Pero mi plan se vio interrumpido por un mensaje de mi prima Carolina:

Adriana. Mis padres me han dicho que te acerques a casa a por tu regalo. Ven pronto. Yo no tengo toda la mañana para esperar que vengas a buscarlo porque he quedado. Un besito 🥰

Me levanté del sofá de mala gana para darme una ducha; no me apetecía nada tener que salir de casa y menos con exigencias. Tras vestirme, lavarme los dientes, calzarme un par de zapatillas y echarme al hombro mi mochila favorita, puse rumbo hacia el que había sido mi hogar por varios años.

Durante todo el camino me acompañó un mal presentimiento. Por descontado, no quería encontrarme con la bruja de mi prima. Cada vez que iba a su casa procuraba que ella no estuviese allí. Bastante tenía con tener que soportarla en las reuniones familiares. Sin embargo, no quería tener que escuchar los reproches de mis tíos por no ir a recoger lo que fuera que me hubiesen comprado.

Al llegar, me paré delante de la puerta, cogí aire, conté hasta diez y llamé al timbre.

—¿Podrías abrir tú? —Escuché a mi prima gritar desde algún lugar de la casa—. Deben de ser Patricia y Manu.

Cuando la puerta se abrió, mis ojos no daban crédito a lo que veían. Tenía que tratarse de una broma de mal gusto. No podía articular palabra. Jamás me había podido imaginar que tras la puerta aparecería mi novio medio desnudo, tapado única y exclusivamente con una toalla de cintura para abajo. Mi cabeza empezó a dar vueltas tratando de decidir si me había quedado dormida en el sofá y aquello era una pesadilla o era la vida real, que se empeñaba en abofetearme una vez más. Por su parte, Marcos ni pestañeaba. Tal vez pensara que si se quedaba quieto no podría verle, como ocurría con los *Tyrannosaurus rex* en aquellas películas de Steven Spielberg.

Fue entonces cuando apareció mi prima, abrazándolo por detrás.

Carolina y yo nos miramos por unos instantes.

—¡Oh! Adriana, eres tú. ¡Qué situación tan incómoda! —me dijo mi prima, lanzándome la mirada más desafiante que pudo mostrar—. ¿Se te ha perdido algo en mi casa? Ah, claro, perdona, vienes a por tu regalo. No me acordaba. Enseguida te lo traigo. Mamá me comentó que te había comprado algo decente que ponerte.

Provocarme era una de las grandes cualidades de Carolina. Era la reina haciendo daño. Normalmente hubiera ocultado su maldad, como hacía siempre que alguien estaba delante, pero en aquel momento no lo necesitó; la persona que la acompañaba parecía tener la misma ética que ella.

—Olvídalo. No tocaré nada que hayas tocado tú, no vaya a ser que la baja moral se contagie. Puedes olvidar también que somos familia, aunque, en realidad, creo que eso siempre lo has obviado.

Las palabras salieron de mi boca sin pensarlo. Una vez dichas, me di la vuelta y eché a correr, pues siempre que había necesitado poner en orden mis pensamientos, el deporte era la mejor medicina.

En mi carrera, me dirigí hacia la Virgen de la Montaña. Cuando llegué hasta el mirador, con las piernas cansadas de la subida, me dejé caer en el suelo, exhausta por el ejercicio y las emociones que no podía controlar. Me obligué a ponerme de pie y fui hasta la barandilla, desde la que se podía contemplar toda la ciudad. Mientras tanto, en mi mente no dejaba de repetirse la escena que acababa de vivir, una y otra vez. Me agarré con fuerza al frío hierro. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida?

Inspiré, llenando mis pulmones de aire, y grité. Grité lo más fuerte que pude. Una, dos y hasta tres veces. Sin importarme las miradas de recriminación que me lanzaban todos a mi alrededor. Grité para liberarme de las cadenas invisibles que prensaban mi pecho, impidiéndome respirar.



Tras un tiempo mirando a la nada, sosteniendo el móvil en la mano a la espera de una llamada que nunca llegó, me levanté del banco en el que había permanecido sentada y abandoné el mirador.

Al llegar a casa fui directa a mi habitación y comencé a buscar entre mis pertenencias, lanzando fotografías, recuerdos y regalos

sobre la cama. Agarré una bolsa y arrojé en ella cualquier cosa que pudiera recordarme a Marcos. Tiraría a la basura cada insignificante objeto que nos uniera, como él había destruido nuestra relación.

Mientras descolgaba de las paredes las últimas fotografías que tenía junto a Marcos, mi móvil comenzó a sonar. Era él. Llamada perdida tras llamada perdida. Cuando se cansó de que le colgara el teléfono, comenzaron a llegar los mensajes de texto.

—¡Vaya! ¿Ahora te entran los remordimientos? —pronuncie en alto, mirando cómo la pantalla del móvil se iluminaba una vez tras otra—. Han pasado horas. Supongo que aún necesitabas revolcarte entre las sábanas con mi prima un poco más. —No pude evitar reír amargamente tras leer el quinto mensaje que Marcos me dejaba rogándome que le dejara explicarse.

Lancé el móvil contra la cama. No quería ningún tipo de explicación. Estaba claro qué había ocurrido y ya me cansaba que me tomaran por tonta. No tenía ninguna intención de quedar con Marcos y que este me llenara la cabeza de excusas baratas para convencerme de que yo era la mujer de su vida, que no podría vivir sin mí. Sabía con seguridad que si quedaba con él acabaría dándole la oportunidad que no quería concederle.

Eché a la papelera metálica las fotografías que había estado apretando con fuerza con mi mano y les prendí fuego. Contemplé cómo las llamas consumían aquellas imágenes de momentos en los que creí poder tocar el cielo con los dedos.

Una vez apaciguado mi dolor a base de rabia y destrucción, me puse el pijama y retomé aquello que estaba haciendo antes de que mi prima enviara el mensaje detonante que hizo estallar toda mi relación en mil pedazos. Aunque, pensándolo bien, aún tendría que darle las gracias por haberme hecho ver con qué clase de persona estaba saliendo.



# Capítulo 1

Volar no era mi fuerte. No por el hecho de sentir miedo a las alturas o no tener los pies sobre la tierra. No. Odiaba sentirme encerrada, sin escapatoria, y estar a cientos de metros de altura no era precisamente lo que se dice estar en la libertad de bajarme del avión cuando me apeteciera. Además, nunca, jamás, había puesto un pie un avión. Por eso, cuando embarqué en aquel pájaro de metal, agradecí enormemente que mi asiento se encontrara junto a la ventanilla, de tal modo que podría contemplar la inmensidad del cielo, dejando volar mis pensamientos entre las nubes.

Acababa de sentarme, tras dejar el equipaje de mano en el compartimento, cuando alguien ocupó el asiento a mi derecha. La última persona con quien querría compartir este vuelo.

—¿Qué diablos haces aquí, Carolina? —Me levanté del asiento como si este quemase—. Esto tiene que ser una broma. ¿Dónde carajos está la cámara oculta?

—Siéntate. Van a pensar que eres una desquiciada y van a retrasar el vuelo por tu culpa —me ordenó Carolina, tirando de mi brazo—. No voy a tomarme a mal tu evidente falta de alegría al verme aquí. Pensaba que ya se habían arreglado las cosas entre nosotras.

Un par de semanas después de la fatídica mañana de mi cumpleaños, Carolina se personó en mi casa para pedirme disculpas por todo lo que había pasado. Me explicó que le apenaba mucho que nuestra relación fuese de aquella manera siendo primas. Lloró

pidiéndome un alto el fuego para tratar de encauzar nuestro vínculo. La eché de casa al instante. Desde la puerta me suplicó que lo pensara y que cuando terminara la universidad y volviera a casa, ella vendría de nuevo para pedirme perdón. No imaginé que llegara a hacerlo, pero así lo hizo. Parecía sentirse arrepentida de todos estos años, así que estuvo visitándome en busca de mi perdón hasta que al final terminé por ceder cuando me dijo que llevaba mucho tiempo queriendo llevarse bien conmigo y seguiría insistiendo en venir hasta que la perdonara. A decir verdad, me había empezado a agobiar tanta insistencia y pensé que concederle esa oportunidad no me mataría. Además, perdonar era algo bueno, ¿no?

Volví a ocupar mi asiento, un poco contrariada por la situación. Que hubiese decidido tratar de llevarme bien con ella no quería decir que me apeteciera compartir vuelo y, por lo que me temía, también un Erasmus. Habían sido demasiados años de tensión y en mi cabeza seguía aquella voz que me hacía estar alerta en su presencia.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté de nuevo, esta vez tratando de ser amable.

Carolina parecía encantada por mi cambio de tono; a pesar de ello, no me respondió. Comenzó a buscar en su bolso, sacando un montón de objetos de su interior y dejándolos sobre la bandeja plegable. Aquello parecía el bolso de Hermione o el bolsillo de Doraemon. ¡A saber la cantidad de cosas que podía llegar a guardar en aquel accesorio lleno de cremalleras! Yo no tenía ni idea de para qué necesitaba una persona tal cantidad de chismes.

—Tiene que estar por aquí —murmuraba Carolina, mientras sacaba varios objetos más, entre los que destacaba una pestaña postiza con brillos junto a tres botes de muestras de diferentes perfumes—. Aquí está mi precioso bebé.

No pude evitar poner los ojos en blanco cuando la vi besar el móvil rosa que acababa de encontrar entre tantos trastos. Con delicadeza, se lo puso sobre las piernas para guardar la pila de objetos

que había ido acumulando sobre la bandeja. Después agarró el teléfono, apuntó hacia nosotras y dijo:

—Sonríe a la cámara. Tenemos que inmortalizar este momento. —Miró con atención la foto que acababa de tomarnos, después su mirada se posó en mí—. No te preocupes, aún quedan un par de semanas para que empiecen las clases. Si te pones en mis manos, podemos dar un poco de volumen a ese pelo lacio que tienes. ¿Qué te parecería un cambio de color? El tono de tu cabello es difícil de combinar con la ropa, y ya sabes lo supersticiosas que son algunas personas con las chicas pelirrojas...

Necesitaba desconectar de sus palabras antes de que alguna de sus sugerencias desatara mi ira. Con buena o mala intención, Carolina parecía no tener filtro alguno en lo que a mi imagen respectaba, por ello traté de tararear mentalmente cualquier canción ochentera de las que tantas veces había escuchado cantar a mi hermano.

—Perdona, estás ocupando mi asiento. —Una voz masculina con un marcado acento italiano me hizo volver a la realidad.

Junto a Carolina, un joven de cabello castaño oscuro y una mirada amable le mostraba a mi prima su billete del vuelo mientras con la otra mano sujetaba una maleta.

—Pero seguro que no te importaría cambiarlo por el mío, ¿a que no? —Carolina puso ojitos a aquel desconocido que parecía no saber qué responder. Era su táctica para conseguir todo lo que quería.

Me extrañó el hecho de que mi prima no me echara de mi propio asiento por la manera en que lo devoraba con la mirada. En ocasiones normales estaría deseando librarse de mí para poder sentarse junto a él y, a la menor oportunidad, escabullirse a los baños para cumplir una de sus más anheladas fantasías. No es que su cambio de actitud hacia mí me hubiese convertido en su mayor confidente, pero Carolina tenía la costumbre de contar toda su vida en las redes sociales. La semana anterior, sin ir más lejos, mostró a sus seguidores una lista de fantasías sexuales. En aquel

vídeo juró completar por lo menos diez de ellas a lo largo del misterioso Erasmus que iba a realizar. Además, ya me había dejado tirada en más de una ocasión por irse a algún lugar apartado para enrollarse con su ligue de turno. Pero eso fue hace varios años, cuando aún pretendíamos llevarnos bien, a pesar de que no nos aguantábamos la una a la otra.

—Por favor, a mi prima le aterra volar y no me gustaría dejarla sola. —Carolina, ante la vacilación del muchacho, lo intentó de nuevo—. Es muy aprensiva, y si le da un ataque de pánico, yo sé cómo calmarla. Además, mi madre me mataría si la dejo sola.

Me quedé muda. ¡Vaya película se estaba marcando a mi costa!

Por primera vez, el chico me miró. ¿Por qué no respondía a mi prima y seguía ahí escrutándome con la mirada? Me estaba poniendo nerviosa. Por algún motivo mis ojos se negaban a desviar la mirada de los suyos, que evocaban en mí el recuerdo del tinte de colores ocre y amarillento que el otoño dejaba en el Valle del Jerte con la caída de las hojas. En mi interior, como si de un mantra se tratara, repetía la súplica de que le negara cambiarse de sitio. No me apetecía compartir aquellas poco más de dos horas de vuelo con ella. No quería pasar mi Erasmus con ella. Me daban igual sus nuevas buenas intenciones, quería vivir esta experiencia tranquila, y algo me decía que no todo iba a salir como yo esperaba.

—Por favor, tome asiento. —Un azafato de vuelo interrumpió la escena—. El avión despegará en unos minutos.

—Disculpe, será solo un segundo. —Una vez el azafato fue a reunirse con su compañera, el joven se dirigió a Carolina para responderle—. Lo siento, pero no puedo cederte mi asiento. No es nada personal, créeme, pero los accidentes ocurren. Ya sabes, un fallo en el motor que provoque una caída libre, o peor aún, una explosión. Asignan los asientos por un motivo, de lo contrario, sería complicado el reconocimiento de cadáveres si algo malo ocurriese.

La sonrisa triunfal que había aparecido en el rostro de Carolina cuando el azafato pidió a aquel chico que tomara asiento desapareció de su cara con la misma facilidad con la que una llama se apaga

al soplar una vela. Se levantó del asiento de forma apresurada. Casi se tiró la maleta encima cuando la bajó del portamaletas y caminó a toda prisa por el pasillo del avión para colocarse en su lugar unos asientos más atrás, con la cara blanca y sin decir una sola palabra.

Respiré aliviada y divertida, dando gracias en silencio por la escena que acababa de presenciar. Aquel momento valía oro. Me moví un poco en mi sillón tratando de ver a Carolina. La pobre estaba mirando de un lado a otro, abrazada a su bolso y a su teléfono móvil como si fueran un paracaídas y su mayor salvación en caso de accidente.

—No me hubiese importado cambiarle el asiento, pero tu cara me decía que necesitabas que te salvara —me dijo el joven, cambiando la cara de circunstancias que había adoptado para responder a Carolina por una expresión divertida cuando volví a colocarme derecha—. ¿De verdad te asusta volar o es ella la que tiene miedo?

—La verdad es que nunca me había subido a un avión hasta ahora, así que supongo que lo descubriremos en unos momentos. —Reí con nerviosismo ante la idea del despegue inminente—. En cuando a ella, ha volado varias veces y no creo que le tuviera miedo, pero, por la cara que ha puesto, creo que le has creado un trauma.

El momento del despegue no tardó en llegar, y cuando eso ocurrió, mi corazón parecía decidido a saltar de mi pecho de un momento a otro. Cerré los ojos, tratando de pensar en cualquier otra cosa que no fuese el vacío que iba a quedar bajo nuestros pies. Un suave cosquilleo recorrió mi estómago. Segundos después noté cómo alguien me daba unos toquitos en el brazo, así que abrí uno de mis ojos para encontrarme con la sonrisa de mi compañero de vuelo.

—Creo que mi mano no volverá a ser la misma después de esto —me dijo, aguantándose la risa mientras señalaba su mano izquierda, la cual estaba fuertemente aprisionada por la mía.

Quería morirme. ¡Qué vergüenza! ¿En qué momento del despegue había cogido su mano? La solté de inmediato, por supuesto,

susurrándole una disculpa apenas audible. Me deshice del cinturón y me centré en mirar por la ventana con la intención de no apartar la vista del cristal en todo el vuelo, esperar a que él abandonara el avión para después hacerlo yo. Notaba cómo mi cara ardía. Conociéndome, seguramente la tendría del mismo tono que mi pelo, o peor, igual de colorada a como yo había dejado su mano después de estrangularla. De nuevo, unos golpecitos en mi brazo me sacaron de mis pensamientos.

—¿No te habrás tomado en serio lo que le he dicho a tu prima, ¿no? Solo era una pequeña broma. Las posibilidades de que ocurra un accidente de avión son ínfimas. Es más, la probabilidad de morir atropellado o en un accidente de coche es mayor que la de morir en este vuelo. Créeme, he volado cientos de veces y aquí sigo, de una pieza. No tienes de qué preocuparte. —La sonrisa burlona de antes había desaparecido de su cara y la sustituía una mirada de preocupación que hacía juego con el tono de su voz. Me tendió uno de los auriculares que acababa de sacar de su mochila—. ¿Quieres compartir música?

Sopesé qué hacer durante unos segundos en los que él no retiró su oferta, sino que esperó pacientemente a que le diera una respuesta. Al final, alargué mi mano hacia la suya para hacerme con el auricular y llevármelo a la oreja.

—¿En serio? —pregunté, escéptica ante la melodía que entraba en mis oídos.

Él tan solo me sonrió.

Me asomé a la ventana y el mundo se abrió ante mis ojos. Allí abajo todo parecía tan pequeño, tan insignificante. Saboreé la libertad.

—Fascinante —murmuré.

Seguí contemplando el manto de nubes sobre el que volábamos. La belleza de las diferentes tonalidades que el cielo adquiriría con el vaivén de los reflejos de la luz. Fue entonces cuando verdaderamente fui consciente del gran paso que estaba dando. Del cambio tan grande que iba a dar mi vida tras ese momento. Lejos

de casa, de mi hermano y de la seguridad que siempre me había abrazado. Volaba hacia el cambio, hacia la incertidumbre de encontrarme en un país que no conocía, completamente sola. Pensé que debería estar un poco asustada, pero las ganas de vivir esa experiencia recorrían cada poro de mi piel. Me sentía emocionada ante lo desconocido que se abriría ante mí en cuanto pusiese un pie fuera del avión.

—Mira —le dije al chico, volviéndome hacia él—. Tienes que ver esto.

Mi compañero se acercó un poco para poder contemplar la hermosura de las vistas. Hizo un ademán de quitarse el otro extremo del casco que nos mantenía unidos en aquella mágica melodía, pero lo paré en seco.

—¡No te lo quites! —le ordené tal vez un poco más alto de lo deseado, haciendo que el chico soltase una carcajada—. Tienes que sentir la música mientras observas.

Aprecié como un brillo aparecía en sus ojos conforme miraba por la ventana y una sonrisa se dibujaba en su cara. Permaneció así durante unos minutos. Su mente parecía haber abandonado el avión, era como si se encontrase a cientos de kilómetros de distancia de su cuerpo, perdido en sus recuerdos. Se apartó del cristal lentamente.

—Vaya. —Fue lo único que alcanzó a decir.

—¿En serio nunca te habías fijado de esta manera? ¿Quién va por ahí con música clásica metida en su reproductor y no se percató de la magia que se forma entre la unión de la música y el cielo? —bromeé—. No me digas que solo la tienes ahí para intentar impresionar a los demás.

—Para impresionar tengo otro tipo de música que haría caer rendida a mis pies a cualquier persona, créeme. —Siguió mi broma con picardía—. Esto no es nada comparado con lo que podría hacerte escuchar.

—Sorpréndeme.

Me lanzó una mirada pícaro antes de ponerse a buscar la canción que quería y darle al *play*.

—¡Me muero! ¡Adoro esta canción! Pero nunca la había escuchado en italiano. —Me emocioné al escuchar una de mis canciones de Disney favoritas—. Ponla desde el principio, que de la sorpresa no me he enterado de la letra.

—Vaya, veo que no soy el único maravillado por la magia Disney —me dijo, sin poder contener una sonrisa ante mi entusiasmo.

Ante toda respuesta hablada, saqué de entre mis pies mi pequeña mochila llena de chapas y se la puse delante de la cara.

—No me subestimes —le dije, antes de que los dos estalláramos en carcajadas.

Y así, entre risas, conversaciones sobre todas las películas Disney que habíamos visto, nuestras mejores escenas, personajes y canciones, con banda sonora de fondo, e incluso la película que menos nos gustó, el avión tocó tierra.

—¡Al fin terminó esta pesadilla de vuelo! —Mi prima se había acercado hacia nosotros sin que nos diésemos cuenta y miraba su reflejo en el móvil mientras se retocaba con su labial rojo—. Perfecta— se dijo a sí misma, antes de fijar la vista en mí—. Vamos, Adriana, será mejor que nos vayamos ya. No quiero permanecer un segundo más en este avión.

Me había olvidado completamente de Carolina durante las dos horas que había durado el vuelo. Pero la realidad volvía a mí. Mi prima se había embarcado en mi sueño de visitar Roma, y no podía lanzarla por la borda y olvidarme de ella.

El chico se levantó de su asiento para darme paso y que pudiera sacar mi maleta del compartimento. No pude evitar devolverle la sonrisa que me dedicó.

—Ha estado bien poder compartir tu *playlist* durante el vuelo —dije la primera cosa estúpida que se me pasó por la mente, pero ¿cómo te despidas de alguien a quien no conoces en absoluto y que probablemente no volverás a ver?

—Vamos, que la gente quiere salir y estamos bloqueando el pasillo —me apremió Carolina, tirando de mí por el estrecho pasillo hacia la salida.



—Disfruta de las maravillas de Roma, estoy seguro de que te va a encantar —me dijo elevando la voz, mientras me decía adiós con la mano.

El sol italiano me dio la bienvenida, y por un par de segundos cerré los ojos e inspiré profundamente. Ya no había vuelta atrás. Mi propia aventura estaba a punto de comenzar.



# Capítulo 2

¡Al fin podría descansar!

El desplazamiento desde el aeropuerto hasta la ciudad se me había hecho eterno. Carolina se había pasado todo el trayecto sacándonos fotos sin parar de hablar de lo genial que iba a ser este año juntas en Roma. Había tratado de convencerme por todos los medios de que debíamos buscar un piso en el que hospedarnos juntas y olvidarnos de los que teníamos ya alquilados con extraños, pero mi intención era conocer gente, salir de mi zona de *comfort* y, por supuesto, ni loca compartiría piso con ella. Con toda la amabilidad que fui capaz de encontrar entre la frustración de su palabrería, decliné su oferta. Por suerte para mí, el piso en el que iba a hospedarme ya estaba al completo, por lo cual no había forma alguna de que pudiera mudarse a vivir en él, como me apresuré a hacerle saber antes de que lo sugiriese.

El autobús nos dejó junto a la estación de tren Termini, y allí nos despedimos para ir a nuestros respectivos alojamientos. Ella, veloz, adelantó a un par de turistas que hicieron el amago de llamar a un taxi que estaba libre. Prácticamente apartó a un lado a la pareja y lanzó sus maletas al interior antes de subir al transporte y desaparecer entre las calles romanas.

Mi piso no estaba muy lejos de allí, o eso es lo que yo había presupuesto después de mirar por internet el tiempo que se tardaba en llegar desde Termini. Además, necesitaba tomar un poco el aire después del viajecito en autobús, así que preferí dejar a un lado los

medios de transporte y, tirando de mi maleta de ruedas y con un par de mochilas al hombro, decidí caminar hasta mi destino.

Fue un completo error.

Llevaba poco más de diez minutos andando cuando decidí consultar el navegador de mi móvil. Estaba segura de haberme aprendido el camino de memoria para no tener que ir mirando la pantalla del teléfono cargada con las maletas hasta el que sería mi hogar durante el curso escolar. También tenía la certeza de estar yendo por el lugar correcto, pero algo no encajaba. El tiempo no era el previsto y no sabía si era por el peso que arrastraba o por qué motivo podría ser. Una vez puesta la dirección, y comprobado que el camino era el correcto, la incógnita se desveló ante mí. ¿Cómo era posible no haberme dado cuenta de poner en el navegador la ruta a pie en vez de en coche? Lo había comprobado en varias ocasiones durante todas esas semanas previas al viaje, y en ninguna de ellas me había percatado de ello.

Con resignación y unas ganas locas de asentarme en mi habitación, continué mi camino. Media hora después, llegué al bloque de edificios en el que se encontraba mi piso. En el portal, una alegre señora ataviada con un delantal de flores me esperaba.

—Siento mucho la tardanza —me disculpé en italiano, mientras me deshacía de las mochilas para ponerlas en el suelo junto a la maleta, liberando así el peso de mis hombros.

Mi casera me regaló una amable sonrisa. Al parecer, no eran muchos los estudiantes de Erasmus a los que arrendaba el piso que trataban de hablar en italiano. La mayoría solían hablar en inglés y algunos ni eso, por lo que le alegró mucho que yo usara su idioma natal para dirigirme a ella. Antes de entregarme las llaves del portal, el piso y mi habitación, la mujer se interesó por cómo había sido el viaje, qué es lo que estaba estudiando y también me dio un mapa de la ciudad y algunas recomendaciones en lo que a buenos restaurantes y lugares para comprar se refiere. Antes de despedirse y cruzar la calle para regresar a su casa, me dijo que no dudara en llamarla si necesitaba cualquier cosa.

Por suerte, el edificio tenía ascensor. Aunque, al abrir la puerta de este, preferí las escaleras. Coloqué las mochilas y la maleta dentro y le di al botón de la cuarta planta antes de salir para que subieran solas. Por nada del mundo quería quedar atrapada dentro de ese cacharro que parecía poder estropearse en cualquier momento.

Cuando llegué a la cuarta planta, sudando por la subida, mis maletas ya me esperaban arriba, así que las saqué del ascensor. Antes de abrir la puerta de mi nuevo hogar, cogí aire. Estaba nerviosa por conocer a mis compañeras de piso, con las que tendría que convivir todo un año. Solo esperaba que fueran majas y tener una agradable convivencia. Pero, al cruzar la puerta y decir un tímido «Hola», lo bastante alto para que me oyeran, no obtuve respuesta.

Como mi casera me había indicado, encontré mi dormitorio nada más entrar, justo la puerta que se encontraba a mi izquierda. Decidí dejar las maletas antes de investigar un poco las zonas comunes. Mi habitación era exactamente como había visto en las fotografías: pequeña y acogedora. Estaba deseando darle mi toque personal para poder sentirla como mía durante ese año. Crucé la habitación para abrir las cortinas y la luz exterior iluminó la estancia. Al ser el espacio reducido, o eso imaginé, la dueña del piso había optado por amueblarla con una composición modular para aprovechar el espacio. Un dormitorio juvenil de mesa de estudio, cama con cajoneras y somier de arrastre que, como comprobé, también tenía su colchón y sería perfecto si alguna vez mi hermano podía coger unos días libres y venir a visitarme como tanto deseábamos. Por último, un armario de dos puertas. No necesitaba nada más, solo esperaba no caerme de la cama, ya que solía moverme mucho por las noches y esta estaba a una altura considerable. Pensé que tal vez tendría que abrir la cama de abajo por si sufría algún accidente mientras dormía y los sobresaltos en sueños en los que parece que estás cayendo por un precipicio se convertían en realidad. Dejé la maleta bajo el escritorio y las mochilas sobre el colchón. Y salí a explorar el resto de la casa.

Me encantó el hecho de ver aquellas paredes blancas del *hall* y el distribuidor repletos de cuadros con fotografías en blanco y negro, resaltados con algunos toques de color, de varias ciudades de todo el mundo. El salón comedor, que se encontraba justo al final del pasillo, también tenía alguno de esos cuadros colgando de las paredes. Estaba segura de que más de una vez me quedaría mirándolos, dejando que mi mente viajara a aquellos lugares que tanto me gustaría visitar. Al igual que mi habitación, el salón era bastante pequeño, pero también tenía una luminosidad que daba gusto gracias a la gran puerta corredera de cristal que comunicaba la estancia con un gran balcón al que daban los cuatro dormitorios por las ventanas de estos. Llegué a la cocina con la esperanza de que esta fuera amplia; no me gustaba nada sentirme atrapada entre los muebles y la pared mientras daba vida a las recetas de cocina, las cuales nunca seguía al pie de la letra, sino que me gustaba darles mi toque personal, dejarme guiar por mi instinto culinario, el cual había heredado de mi hermano. Lancé un suspiro de alivio al comprobar que podría moverme con total libertad. El piso contaba también con dos baños, lo que era de agradecer cuando cuatro personas compartían un mismo hogar.

Regresé a mi habitación para deshacer el equipaje antes de descansar. No había traído demasiadas cosas, tan solo aquello que prevé que necesitaría. Coloqué la ropa en el armario, en su mayoría prendas con las que me sentía cómoda para el día a día y las largas caminatas que sabía que haría por la ciudad, aunque nunca podría haberme olvidado de un par de vestidos que me volvían loca y combinaban a la perfección con mis zapatillas de lona estilo Converse.

Acomodé sobre la cama a Dumbo, el peluche que me había acompañado desde pequeña. Me volví loca por él cuando vi la película por primera vez hacía ya tantos años y mi hermano no dudó en romper su hucha para comprarme al pequeño elefante volador. Óscar lo había nombrado mi protector oficial antes de entregármelo y decirme que, mientras estuviera con él, jamás estaría sola y nada ni nadie podría hacerme daño.

Mis tripas rugieron en señal de protesta. Tendría que posponer mi descanso para más tarde. No había comido nada decente desde la noche anterior. Los nervios por el vuelo habían cerrado mi estómago y no pude más que darle un mordisquito a una tostada y bebido un zumo de piña para desayunar.

Al ir a coger el móvil para buscar algún lugar donde poder saciar mi hambre, el plano de la ciudad que mi casera me había dado cayó al suelo y con este, un trozo de papel cuadriculado, en el que, al recogerlo, encontré escritas varias recomendaciones cercanas al piso que la señora se había tomado la molestia de anotarme. Restaurantes, lugares de interés, supermercados, tiendas... Un montón de sitios que no iban a pasarme desapercibidos, así que me olvidé del móvil y comencé a buscar entre los restaurantes algún lugar donde poder comer y, subrayado de azul, lo encontré.

Unos diez minutos después, me encontraba ante un pequeño restaurante llamado Bella Notte. Su fachada estaba cubierta por unas verdes enredaderas que llegaban hasta el piso de arriba, rodeando la ventana abierta por la que se filtraba la voz de alguien que hablaba duramente y en un tono elevado, sin respuesta alguna por parte de otra persona. ¿Estaría discutiendo consigo mismo? No es que fuera algo extraño. ¿Quién no ha hablado consigo mismo alguna vez que otra?

—¡Mándalos al fresco! Tienes veintiún años, no puedes seguir temiendo a tus padres. Algún día, vas a tener que decir basta.

Por algún motivo, me quedé parada frente a aquella puerta cuyo cartel decía que el local estaba abierto. Sin atreverme a entrar y sin querer irme. Según las anotaciones que me había dejado en aquella nota, el lugar era acogedor, de buena calidad y barato, lo cual venía de perlas para mi presupuesto. Al atravesar la puerta, me recibió el tintineante sonido de una campanilla que anunciaba mi llegada. El restaurante estaba vacío, a excepción de un joven con un inmenso cabello negro que se giró hacia mí en cuando notó mi llegada. Llevaba un mandil rojo con el logo del local serigrafiado y sostenía un teléfono de esos antiguos con marcador por ruedecilla.

Me hizo un gesto de disculpa, antes de finalizar la conversación con su interlocutor ya con un tono más calmado.

—Perdona, Fab, ha entrado alguien y tengo que atenderle. Ven esta noche al cierre y te invito a comer un buen plato de *ossobuco* y unos espaguetis a la boloñesa, antes de quedar con todos estos. —Hizo una pausa—. Sí, tranquilo, ni pizca de queso. ¡Vaya italiano estás hecho! —rio el camarero antes de colgar y dirigirse a mí—. Buenas tardes, señorita. Bienvenida a la Bella Notte. Tome asiento y enseguida le llevaré la carta.

Elegí una mesa junto a la ventana. Segundos después, el muchacho me trajo el menú y tomó nota de la bebida. Contemplé la estancia con detenimiento. Las paredes estaban revestidas de ladrillo. A lo largo de ellas, encima de pequeñas estanterías de pared, descansaban varias macetas. Al fondo del local, sobre una chimenea apagada que en las noches frías de invierno dotaría a la estancia de calor, se hallaba un lienzo compuesto por varias piezas que, en su conjunto, daban lugar a una imagen completa. En ella podía observarse una noche estrellada con una luna que dejaba su reflejo mágico sobre el mar, que rompía suavemente en una playa de piedras negras y blancas.

—¿Ha decidido ya qué va a comer? —me preguntó el chico, sacándome del trance en que mi mente se había perdido observando el cuadro.

Nerviosa, comencé a mirar la carta en busca de un plato que llamase mi atención por la imagen. Él debió darse cuenta de mi apuro porque me animó a probar una de las especialidades de la casa, y como las imágenes y nombres de los platos comenzaban a danzar ante mis ojos por la indecisión, decidí hacerle caso. Se dirigió a la cocina para encargarle al cocinero un plato de *ossobuco*, que yo no tenía ni idea de qué era, pero esperaba que saciara mi hambre, pues mis tripas volvieron a rugir.

Mientras preparaban mi comida, el camarero me ofreció un trozo de *pizza*, a la que invitaba la casa. En la espera, estuvimos charlando un poco. Me dijo que se llamaba Lucca, me comentó



que era de un pequeño pueblo de la costa septentrional siciliana. Junto a sus padres, se habían trasladado a Roma cuando él tenía dieciséis años y montado este pequeño restaurante, pero él añhelaba su antiguo hogar y no descartaba comprarse una pequeña casa de vacaciones allí o montar su propio negocio e instalarse permanentemente. Lo que tenía claro es que volvería algún día. Era fan de las motos, la música *rock* y las películas de ciencia ficción. Pero su verdadera pasión era la gastronomía, lo llevaba en la sangre. Después de mucho tiempo, había conseguido plaza en la escuela de hostelería que uno de los mayores chefs de toda Italia tenía en Roma y estaba deseando comenzar a aprender de él el arte de los fogones. Me pareció un muchacho de lo más agradable. Por mi parte, le conté qué me había traído a Roma. Mi amor por el país y mis ganas de aprender aún más del lugar que tiempo atrás había sido el imperio más poderoso del mundo. Siempre había deseado conocer de primera mano el legado que el país aún conservaba de la historia de todos los tiempos.

Cuando el *ossobuco* estuvo listo, se retiró a la barra para dejarme comer tranquila. El olor que desprendía aquel estofado de ternera acompañado con arroz blanco me hizo la boca agua. Saqué mi móvil y tomé una foto del plato para pasársela a Óscar. Como Lucca, él era un amante de lo culinario, solo que nunca había tenido la oportunidad de trabajar en las cocinas, sin contar la de casa, donde pasaba horas en sus ratos libres haciendo experimentos. El sabor no tenía nada que envidiar a su olor. Disfruté saboreando cada bocado con tranquilidad, degustando la jugosidad de la carne. No tenía duda alguna: volvería al restaurante.

—No te molestes —me dijo, acercándose a mí cuando me vio levantar con la intención de recoger la mesa para acercarle las cosas a la barra—. Ahora lo recojo yo.

Se acercó a mí, y entre los dos despejamos la mesa y nos dirigimos a la barra para que Lucca me diera la cuenta y poder pagar el festín que me había dado.

—Estaba riquísimo —le dije—. Jamás había probado este plato.

—Es nuestro plato estrella, pero si vienes otro día tienes que probar los espaguetis a la boloñesa que hacemos aquí —me recomendó, mientras me daba el cambio.

—Cuenta con ello. No pienso regresar a España sin probar todo el menú —dije, decidida, mientras le dedicaba una sonrisa.

Ahora que mi estómago estaba lleno, tenía que hacer un poco de compra para llenar mi parte de la nevera. Estaba segura de que si mi bolsillo me lo permitiera podría comer todos los días en el Bella Notte, pero siendo realistas...

Me despedí de Lucca prometiéndole volver pronto, pero cuando estaba a punto de salir a la calle me llamó.

—Oye, Adriana. ¿Te apetecería salir esta noche? —me invitó—. He quedado con unos amigos cuando cerremos. Podríamos enseñarte un poco la ciudad.

Me sorprendí ante la invitación. No lo esperaba. Lo sopesé durante unos segundos, Lucca me había caído de maravilla y estaba segura de que me divertiría con él, pero mi cuerpo necesitaba descansar y mi mente, asentarse a la idea de que por fin estaba en mi ciudad de ensueño. Tenía que conocer a mis compañeras de piso y terminar de colocar mi habitación. Además, había muchas cosas que tenía que hacer antes de que las clases dieran comienzo un par de semanas después. Le agradecí la invitación, pero la rechacé. Aun así, intercambiamos los números de teléfono para ir hablando.

Así pues, con su contacto grabado en mi móvil y la promesa de escribirle para quedar otro día, dejé atrás el Bella Notte con la mente puesta en la cómoda cama que me esperaba en mi habitación y con la sensación de que Lucca y yo acabaríamos siendo muy buenos amigos.